

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Iván Solano

“Como una piedra en el agua”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 72-73.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México

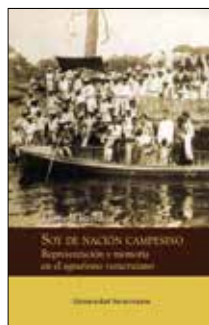


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Como una piedra en el agua

Iván Solano



Elissa J. Rashkin, *Soy de nación campesino. Representación y memoria en el agrarismo veracruzano*, Xalapa, uv, 2023, 247 pp.

En mi infancia, mi abuelo me contaba la historia de un líder agrarista, realmente comprometido con las necesidades del campo, cuyo nombre me resulta imposible recordar. Sí recuerdo, en cambio, el relato sobre su muerte: “Él iba corriendo cuando de pronto se le acercaron algunas personas, le apuntaron con un arma a la cabeza y lo ejecutaron”. Y recuerdo también otro relato: “de los cañales se veían salir vehículos blindados; era el ejército que venía a atacar a los cañeros”. Por muchos años tampoco pude saber nada más acerca del asunto; parecía que en el pueblo –Dos Bocas– nadie entre los más jó-

venes tuviera idea de ese evento. Siempre sentí que eso parecía haber ocurrido en una época inexistente; no era posible que fuera una historia de la Revolución, pues se hablaba de tanquetas –que no existían en esa fecha– y, respecto a conflictos armados en un tiempo posterior, yo no tenía noticia. Quizá por ese misterio en cuanto a los problemas del siglo pasado en el campo veracruzano, resulta importante estudiar y recobrar la memoria de lo que significó el movimiento agrario surgido en México durante el siglo xx.

Elissa J. Rashkin, investigadora que ya antes se ha sumergido en indagaciones sobre el pasado de la cultura en Veracruz y en la posrevolución –*La aventura estridentista. Historia cultural de una vanguardia* (2014) y *Atanasio D. Vázquez, fotógrafo de la posrevolución en Veracruz* (2015)–, nos otorga ahora un libro en que la historia de la lucha campesina se enriquece en cuanto a perspectiva y se liga con problemas actuales. No se trata de un libro de historia; el tema es “el movimiento agrarista de las primeras décadas del siglo xx, visto desde la perspectiva de la representación cultural y de la formación y transformación de identidades campesinas” (12). Rashkin aclara que analizará, en principio, cómo se conformó esa identidad y, además, cómo esa identidad se construyó a través de diversas pugnas lingüísticas con los intelectuales afines al régimen emanado de la Revolución, a los que la autora agrupa bajo el concepto de “la ciudad letrada”, planteado originalmente por Ángel Rama.

El lenguaje y sus usos resultan centrales, pues la capacidad lingüística es el elemento que permite la construcción y el anclaje de las identidades. La au-

tora aclara que, a finales del xix y principios del xx, en el Porfiriato, la gente del campo era mayormente analfabeta y, más que concebirse como campesinos, se consideraban peones, arrieros, jornaleros, agricultores; eran, sin ninguna duda, el grupo humano más oprimido por el sistema de la época. Con el triunfo de la Revolución, la gente del campo empezó a ser tomada en cuenta desde el sistema político oficial, principalmente a través de las gestiones del reparto de tierras y la organización de los pueblos en ligas y sindicatos. Fue a través de los escritos oficiales para la constitución de ejidos o para el reclamo de injusticias, así como con el surgimiento de periódicos y otras manifestaciones culturales –como corridos, sones y novelas– que empezó a erigirse la identidad del campesino como agente de lucha y capaz de ser escuchado y alterar al sistema. Ser campesino –ser de cualquier identidad– resulta así una acción simbólica; aquellos que estaban acostumbrados a obedecer al patrón y a soportar la dura carga de la vida empezaron a ser personas con un reclamo de justicia que debía tomarse en cuenta, además de estar unidos y adquirir experiencia en el trato con el poder.

Podríamos decir que el libro de Rashkin es un libro de metahistoria, dado que, más que narrar y estudiar los hechos del pasado, la investigadora nos muestra, a través del estudio de los archivos, cómo se da prioridad a ciertos eventos y se omiten otros. Rashkin organiza su trabajo en seis capítulos. En el primero, indaga en los usos lingüísticos de las peticiones de tierra realizadas tanto antes como después de la Revolución. Nota que en los escritos porfirianos

prevalece un léxico tradicional, donde se habla de “derechos ancestrales”, “mercedes del Virrey” y otros conceptos surgidos incluso desde la época de la Colonia. En las peticiones de la posrevolución, aparecen en cambio términos como “dotación de tierras” o “amparo en el artículo 27 constitucional”. En ambos casos, sin embargo, destaca que son los campesinos quienes deben aprender a usar el discurso del poder instituido para poder ser escuchados. A partir de la segunda época empiezan a hablar como “nosotros los campesinos”. En este punto es donde más se hace patente la lucha entre “la ciudad letrada” y la recientemente organizada gente del campo. Por otra parte, en el segundo capítulo Rashkin realza el uso del lenguaje en la prensa. La prensa conservadora, como la que tenía su medio en el diario *El Dictamen*, muchas veces se refería a los campesinos como bandidos y restaba validez a su lucha ante la opinión pública. Fue necesario que el campesinado, a través de su propio periódico, *La Voz del Campesino*, diera respuesta a las acusaciones que se les hacían desde la prensa más favorable a los latifundistas y las empresas extranjeras. De igual importancia resultan los fenómenos simbólicos tratados en los otros capítulos; en el tercero, se analizan las manifestaciones “populares” del lenguaje de las comunidades agrarias, como los sones y corridos, que influyeron en y fueron influidos por los textos oficiales y los artículos de la prensa de los que ya hemos hablado. Estas manifestaciones lingüísticas, así como los testimonios y las obras narrativas tratadas en los últimos capítulos, también jugaron un papel destacado en la conformación de la identidad campesina



La mujer cubana emerge

y la lucha simbólica que estos libraron con “la ciudad letrada”, muchas veces más favorable al sistema dominante.

Elissa J. Rashkin cierra su libro con profundas apreciaciones sobre la importancia de recordar esa lucha que, muchas veces, ha sido relegada por las identidades urbanas, pues ya no sienten una conexión tan fuerte entre sus propios problemas y aquellos relativos al agro. No obstante, Rashkin nos dice: “la conciencia ecológica es un esencial punto de partida”; incluso si hemos vivido siempre entre las calles y los automóviles, es esencial recordar que los problemas de la tierra son, al final, los problemas de toda la humanidad. La forma en que los campesinos se organizaron y lograron el reconocimiento de muchos derechos puede ser un ejemplo para esas batallas que se libran contra las poderosas empresas mineras o petroleras, contra la deforestación y la contaminación irresponsable del agua. Hay cierta continuidad entre el movimiento agrario y los movimientos ambientalistas, así como con los problemas vivos en el campo.

Vuelvo entonces a aquella historia de las tanquetas que amenazaban a los cañeros. Para mí, el libro de Rashkin ha sido como una piedra que cae en el agua en medio de la noche; se revela así un estanque que había estado oculto y cuyas profundidades tienen muchas riquezas y peligros que no se pueden olvidar. Yo que, como muchos otros, no tenía idea de los conflictos que 50 años después de iniciada la lucha agraria seguían –y siguen– ardiendo, ahora sé que esa historia de las tanquetas tuvo que ocurrir a principios de la década de los setenta, en la época en que Lucio Cabañas, el maestro guerrillero, se reunía clandestinamente con el líder del movimiento cañero en Veracruz, un sacerdote llamado Carlos Bonilla Machorro. Los misterios sobre las luchas agrarias persisten, pero al menos ahora hay un indicio sobre dónde empezar a explorar y qué valor pueden tener para nosotros. **LPyH**

Iván Solano es adepto a la poesía, la narrativa y la pintura. Maestro en Literatura Mexicana por la UV. Jefe de materia de Literatura en el Co-baev.